

que no hay razon para creer, que los abusos que en una ha reformado la revolucion, existen en la otra, claro está que no hay en que fundar ninguna sospecha; y esto es precisamente lo que sucede á las monarquias continentales de Europa y á los nuevos gobiernos de América. No hay duda que su establecimiento ha sido el resultado de una revolucion, mas de una revolucion que es imposible que ocurra en ninguna de las monarquias de Europa; por la razon óbvia y sencilla de que estas no son colonias sinó naciones independientes. Las únicas naciones Europeas, que con razon podrian alarmarse, son las que poseen colonias. Estas podrian justamente tener por peligroso el ejemplo de las demas colonias, que se substrageron de su lealtad á la madre patria. Sucede, sin embargo, por una coincidencia bastante singular, que las dos únicas naciones que ahora poseen colonias en América, cuales son Inglaterra y Holanda, han sido las que menos aprension manifestaron, y se han apresurado á reconocer la independencia de los nuevos estados Hispano-Americanos.

Sin embargo, puede decirse que dichos nuevos gobiernos han adoptado instituciones republicanas, y que la existencia de tantas repúblicas, aunque en una parte tan remota del globo, amenaza la estabilidad de las monarquias de Europa. Este es en efecto el único modo compatible con el sentido comun, en que se puede representar semejante peligro; pero no se hallará en realidad mas plausible que el otro. Los gobiernos de Europa ó cuadran ó no cuadran á la condicion de las sociedades que respectivamente representan. Si cuadran, tienen cuanta garantia puede tener un gobierno contra la ocurrencia de una revolucion, y el tener la menor aprension sobre la existencia de otros gobiernos, establecidos en comunidades diversamente situadas, y á mil léguas de distancia, seria dar pruebas de gran falta de sagacidad política, y pusilanimi-

dad. Si no cuadran, y si en efecto necesitan de una reforma, entonces no hay duda que es crítica su situacion, y cualquier movimiento que ocurra, así dentro como fuera del estado, es sumamente peligroso; mas el origen del peligro es la existencia de abusos, y no las reformas hechas en otros paises. No es menos cierto que singular el que, si concedemos á estos gobiernos la sagacidad y sabiduria á que quizá son con justo título acreedores, y los contemplamos por consiguiente penetrados de las obvias verdades que acabo de esponer, la alarma que con tanto afan espresan es una *confesion manifesta* de que dichas instituciones no dejarian de tener cabida en el continente de Europa. Si el Príncipe Maternich, por ejemplo, cree en realidad, (lo que con razon podemos suponer,) que los gobiernos republicanos de los Estados Unidos y Austro-América, ponen en peligro la paz interior del imperio de Austria, sin duda debe ser porqué sabe que el gobierno de aquel imperio, (aunque probablemente no podria por ahora transformarse de un golpe en republicano,) tiene necesidad de grandes mejoras. De modo que la alarma en que los estadistas de Europa procuran poner el continente, á causa de la existencia de la revolucion y republicanismo en el extranjero, equivale á una sátira indirecta de su misma política; y á una defensa de la misma conducta y principios que intentan atacar.

El peligro es sin embargo verdadero, con respecto á este punto, y mientras que los estadistas del continente se descuiden ó rehusen introducir en los estados que respectivamente gobiernan, los mejoramientos políticos que exige la situacion del pueblo, la introduccion de dichos mejoramientos en otros paises les hará mas difícil el mantener en pié sus presentes instituciones. Bajo este supuesto, la actitud hostil al nuevo mundo, en que parece que el continente de Europa ha determinado ponerse, es, quizá,



el resultado natural del estado existente de cosas. Mas falta todavía preguntar si la declaración de guerra, que dichas potencias han hecho, ya tácita ya abiertamente, á las nuevas repúblicas de ambas Américas, es el verdadero medio á que debieron haber recurrido. Yo creo que la virtud de su política, en este caso, es tan sospechosa como sus principios.

Si un buen estadista viese que el gobierno que le ha tocado administrar necesita de mejoría, y que el resultado de la acción del de otras naciones indica las variaciones necesarias, no hay duda que procuraría adoptarlas con la prontitud posible, obviando así las dificultades que este punto le presentase. Si hubiera un gobierno cuya inercia é incapacidad no le permitiese dar este paso, el mejor que podría dar sería el destruir todo ejemplo peligroso, esto es, contrarestar violentamente los esfuerzos que otras naciones hiciesen para mejorar sus instituciones. Esta última política es enteramente maquiavélica y se burla de la justicia y de la ley natural; mas en caso de poder llevarla á ejecución, no hay duda que produciría por de pronto su resultado. Ya hemos visto que el gobierno Austríaco dió este mismo paso en Nápoles y Cerdeña; y Francia (instigada por los aliados) en España. Mas el buen éxito es esencialísimo en esta conducta disparatada y sin fundamento; y si el experimento no sale bien, las cosas quedarán mucho peor de lo que antes estaban. En esto, á mi entender, consiste el grande error político de los gobiernos arbitrarios. Aunque sin duda los ciegan sus preocupaciones, sus pasiones y sus supuestos intereses, no pueden menos de percibir el que es ya imposible volver á someter el continente Americano, con un *coup-de-main*, á su antigua dependencia de Europa. No pueden menos de creerlo imposible, vista la declaración de Inglaterra y de los Estados Unidos. Pero en este caso todo depende

de la probabilidad, ó mas bien de la evidencia, de poder verificarlo de *improviso*. El hacer la guerra á un país en un estado de revolución, sin saber el resultado que tendrá, y que por necesidad debe ser difícil y larga, hace el peligro diez veces mayor y mas temible, en lugar de disminuirlo. El gobierno de Austria no lo ha errado en hacer la guerra á Nápoles y á Cerdeña, porque en ambos casos tenía una certidumbre de poder efectuar una contrarrevolución con una sola campaña. ¿Pero creará el Príncipe Maternich, ni el conde Nesselrode, ni ninguno de sus consejeros, que podría suceder lo mismo en la América Española? Seguro está que no. ¿A que viene entonces el abrazar la causa de España, y, con persuadirla á que continúe la guerra, tener el mundo en continua expectativa, y en particular sus mismos súbditos, sobre los asuntos de nuestro continente? Mientras que la guerra continúe en América; mientras que forme el eje sobre que tiene que girar la política general de la Cristiandad; mientras que las marchas, combates y batallas, maniobras militares y políticas, revoluciones, constituciones y congresos, á que sucesivamente origen, constituyan la serie mas interesante de acaecimientos en la época actual, es evidente que los espíritus inquietos y revoltosos de Europa no perderán un solo momento de vista el teatro de estos movimientos. ¿Es esto lo que deben desear naturalmente los estadistas continentales? Si no les es dado el remediar los abusos de su propio gobierno, ni pueden impedir la consolidación de la reforma, el único medio que dicta la experiencia es el ocultar esta á los ojos del público. En lugar de inducir España á que continúe la guerra, deberían persuadirla á que la concluyese con la prontitud posible. Las repúblicas Americanas organizarían entonces pacíficamente sus asuntos interiores; y la tranquila prosperidad, que con razón podemos esperar de todas ellas, cuando en este caso



se hallen, ejercería una influencia menos contagiosa en los espíritus fogosos de Europa, que las brillantes empresas políticas y militares, que hemos visto y veremos, hasta que el certámen se concluya, aun cuando dure medio siglo. El progreso de la revolucion, y no la tranquila operacion de los gobiernos republicanos, es lo que mas induce á imitarlos. Las hazañas de Bolivar exaltaran á una multitud de jóvenes, que jamas soñarían en leer el mejor papel político de cuantos salen á luz. La historia antigua nos dice, que la consideracion de los trofeos de Milcíades, ha desvelado muchas noches á Temístocles; pero hay muchos verdaderos patriotas que se echan á dormir de dia sobre las relaciones y documentos mas largos é importantes, así económicos como políticos. La lectura de dichos papeles, ó el estudio silencioso de la marcha de cualquiera clase de gobierno, no produce la fiebre revolucionaria, ni dentro ni fuera del estado. Por consiguiente la política de los estadistas del continente de Europa, debió haber sido el promover, mas bien que el impedir, la conclusion de la presente guerra de América.

El espíritu de partido y los modos habituales de pensar, (que son siempre los agentes mas poderosos,) mas bien que ningun motivo político distante y general, los indujeron ó adoptaron dicha conducta. Por esta razon debemos sentir, pero no estrañar, el que hayan cedido á las consideraciones que de suyo se ofrecen en casi todos los casos de igual naturaleza. El no haber tenido parte en la guerra de España, no ha sido, en realidad, el efecto de lo que ellos llaman un alto grado de moderacion y prudencia. Puede que lo hubiesen hecho despues de la ocupacion de aquel pais por Francia, á no haberles dado á entender la declaracion de los Estados Unidos é Inglaterra, que en tal caso tendrían mas enemigos que combatir que los estados Hispano-Americanos. El manifiesto del Pre-

sidente Monroe, en que indicaba la intencion de los Estados Unidos con respecto á este punto, ha hecho mucha impresion en toda Europa; y si no cambió del todo la determinacion de las potencias continentales, las indujo á lo menos á no precipitarse, y á tratar con suma deliberacion un punto, que hubiera podido cambiar esencialmente el aspecto de los asuntos políticos. Quizá es incierto el si este conocimiento de la intencion de los Estados Unidos hubiera podido hacerles cambiar enteramente de resolucion; y puede que el resultado dependiese del partido que tomase Inglaterra. Si las potencias continentales hubieran podido persuadir Inglaterra á que abrazase su causa, y emprender juntamente una cruzada contra los estados Hispano-Americanos, el recelo de ofender á los Estados Unidos puede que no estorbare la verificacion de su proyecto. Se alegrarian interiormente con la idea de arruinar todas las instituciones liberales del continente, y acaso no verian lo peligroso del atentado hasta que la experiencia se lo mostrase. Hay razon para creer que algunos de los estadistas continentales, dotados de mas zelo que discrecion, han solicitado la cooperacion del gabinete Ingles contra la América Meridional, y le ofrecieron su ayuda para reducir los Estados Unidos á su antigua condicion de colonias Inglesas, si daban señal de meterse en el asunto. Mas ningun estadista Ingles hubiera soñado en observar semejante política. La esperiencia que adquirieron durante los tres últimos años de guerra, les ha manifestado claramente sus errores sobre esta materia, y ha desvanecido algunos sueños de conquista futura, que quizá habian li-songeado hasta entonces las esperanzas de algunos *torys* anticuados. Aun el mismo Lord Castlereagh tenia demasiado juicio para cometer semejante disparate; mas, como he dicho ya en un capítulo precedente, es muy incierto el si, en caso de permanecer él á la cabeza de los



asuntos, el ministerio Ingles se hubiera declarado públicamente y tan pronto como lo ha hecho, en contra de la intervencion del continente, y hubiera procedido despues de esta declaracion al reconocimiento de la independencia de los nuevos estados. En aquel mismo momento crítico tuvo lugar una revolucion en el ministerio, por una especie de accidente, que casi puede llamarse sobrenatural; momento en que la suerte del mundo Cristiano iba á depender en gran parte por siglos enteros, de la decision del gabinete Ingles, y esta revolucion ha sido en favor de la libertad de América. Puso el poder en manos de un ministro menos ligado á los aliados continentales por la política anterior del gobierno, mas liberal y popular en sus sentimientos, y mas apropósito, por su independencia y la superioridad de su talento, para emprender una carrera mas intrépida y honorífica que la del Lord Castlereagh. La consecuencia inmediata de esto ha sido la adhesion del gobierno Ingles á la causa Hispano-Americana, y una participacion del certámen, sin perder de vista la observancia de una neutralidad formal. La añadidura de este peso inclinó inmediatamente la balanza de las potencias continentales contra el proyecto de la intervencion, que probablemente no habian abandonado hasta entonces. Si conociesen lo que deben á sus intereses y á los de España, inducirian, como llevo dicho, aquella nacion á que diese fin á la guerra sin mas tardanza. En lugar de esto han preferido por desgracia de inducirla á que la continuase ya que no podian meterse á asistirla, haciendo de este modo aquel desgraciado país víctima de sus inveteradas preocupaciones y vanos recelos.

Estas consideraciones me llevan al otro gran punto de las relaciones internacionales de las principales potencias del mundo Cristiano, y de la política de América para con el extranjero, cual es la situacion del dominio de la

Gran Bretaña con respecto á los dos continentes. De lo ya referido se infiere que la actitud de dicha potencia es amistosa para con América, y hostil para con el continente de Europa. Su declaracion en favor de las colonias Españolas y el subsecuente reconocimiento de su independencia produjo tal disgusto é indignacion en el gabinete Español y en los de las principales potencias continentales, que á no haberse opuesto las consideraciones prudentes mas imperiosas, hubiera ocasionado una declaracion de guerra. El desagrado con que han visto estas medidas, ha sido infinitamente mayor que el que les habian causado los Estados Unidos con una conducta igual. Esta conducta ha sido un resultado tan natural, y podemos decir necesario, de nuestra situacion geográfica y política, que el público la ha aprobado unánimemente, y no ha sorprendido ni causado mucho descontento á los gobiernos mas inmediatamente interesados. Inglaterra era, al contrario, considerada como una apóstata de la causa comun. Habia seguido por espacio de treinta años las banderas de la contrarevolucion, batiéndose en favor de las potencias continentales; y cuando estas creian que la presente guerra no era mas que la continuacion de dicho certámen, (como en efecto lo era hasta cierto grado,) hela aquí que desierta de repente sus banderas, y se pasa, sin el menor rodeo, al campo del partido revolucionario. No podemos negar que Inglaterra ha manifestado muchísima inconstancia en esta conducta, y su irregularidad ha parecido todavia mayor á sus amigos del continente, cuyo modo habitual de pensar no les permitia ver las poderosas causas que dictaron al gobierno Ingles su nueva carrera política, sin embargo de hallarse en las mismas circunstancias que anteriormente. El disgusto que naturalmente causa un acto de apostasia por motivos de egoísmo, ya sean verdaderos ó supuestos,



agravó el chasco que se llevaron las potencias continentales al ver frustrados sus proyectos; y la enemiga recíproca que desde entonces reina entre el gabinete Ingles y los demas principales gobiernos Europeos, es de las mayores que jamas se disfrazaron con la máscara de alianza y amistad. Este proceder ganó naturalmente el reconocimiento de los nuevos estados Americanos, y la aprobacion del gobierno y del pueblo de los Estados Unidos; los cuales vieron que Inglaterra sancionaba su política, y que con su formidable apoyo quedaria á salvo de los peligros eventuales, á que tal vez se hallaba espuesta. De este modo se han completado las diferentes partes del sistema político existente; se aseguró por fin la independencia de las colonias Españolas, los dos continentes de Europa y América quedaron en un estado de oposicion política ú hostilidad virtual, é Inglaterra se declaró aliada del último partido. Este es un bosquejo de las presentes relaciones inter-nacionales del mundo Cristiano.

Por un efecto singular de los sobredichos acaecimientos públicos, sucede que la Gran Bretaña y los Estados Unidos, que hace pocos años se hacian la guerra, por razones, á lo que entonces parecia, de una consecuencia esencial y permanente, y que no habian tenido desde la guerra de la independencia, ó mas bien desde el primer establecimiento de las colonias, un solo momento de verdadera paz y cordialidad, se hallan ahora, por la sola fuerza de las circunstancias, sin el menor sacrificio del orgullo ó principios de ninguna de las partes, sin concesion de derechos, y en efecto sin proceder concertadamente, en un estado de alianza y amistad, tan radical é íntimamente fundado en sus respectivos intereses, y en el sistema político establecido de la Cristiandad, que no puede menos de sobreseer los antiguos motivos de disension, y de ser tan duradero como la existencia nacional de entrambas. Esta relacion está lejos de haber sido el efecto de una re-

conciliacion de los sentimientos de los dos estados y sus gobiernos, ni tampoco de una composicion artificiosa, trazada por uno de los individuos que podrian creerse superiores á la baja influencia del odio nacional, y se ha formado, degámoslo así, contra la voluntad de los partidos, cuyos sentimientos son todavia menos amistosos que su situacion, y que, al paso que se hacen mutuamente servicios de grande importancia, y se aunan contra su enemigo comun, se miran sin embargo con odio y sospecha. Sabido es que el gobierno Ingles ha rehusado obrar de acuerdo con los Estados Unidos, durante todo el tiempo en que se formó y consolidó esta relacion, aunque repetidas veces se ha deseado su cooperacion, y se le ha brindado á que la prestase. Desechó la proposicion que estos le habian hecho de que ambos gobiernos reconociesen simultáneamente la independencia de los estados Americanos, aunque este proceder le hubiera hecho mas honor que el seguir lentamente el mismo sendero que ya habiamos trillado. Aquel gobierno creyó tambien que le era hostil la declaracion del Presidente Monroe, en que dice que el continente Americano está ya cerrado á la colonizacion, aunque su obvio y verdadero objeto era el impedir que España cediese ninguna parte de sus colonias á las otras naciones, cuyo proyecto habia declarado ya Inglaterra pública y distintamente. Segun esto hay una diferencia singular en la forma y espíritu de las relaciones de Inglaterra para con los dos continentes; en el de Europa un odio firmemente arraigado se halla disfrazado bajo la apariencia de buena voluntad, al paso que los nuevos sentimientos amistosos que existen entre Inglaterra y nosotros, apenas se perciben en el semblante agriado y oscuro, que es el efecto de la indisposicion inveterada de ambos partidos, y que en cierto modo ha llegado á serles natural. Mas esto es de cortísima monta. Así en este



como en todos los demas casos, las fórmulas se acomodan á la sustancia despues de cierto tiempo ; y con razon podemos prometernos el que despues que los dos gobiernos se hayan sido recíprocamente fieles por espacio de medio siglo, no dejaran de tratarse mas costes y amistosamente, si es que conocen sus verdaderos é importantes intereses. Verdad es que Mr. Canning, cuya determinacion y talento han contribuido tanto á fijar la nueva situacion del dominio Ingles, con respecto al continente, ha sido tambien de los primeros que percibieron el valor de esta misma situacion para con las relaciones directas de dicho dominio y los Estados Unidos. Su arenga á Mr. Hughes, en una comida en Liverpool, está concebida en el verdadero espíritu existente de estas relaciones. Ya que las principales voces han dado de esto modo el tono, las cantores de inferior orden no dejaran de seguirlo ; y puede ser muy bien que de aquí á algun tiempo nos adulen los papeles Ingleses inferiores, y las políticos de la misma clase, al modo que hasta ahora nos aburrieron con sus sátiras infundadas y chocarrerías.

En un capítulo precedente he observado que la nueva relacion política de alianza y amistad, que la fuerza de las circunstancias ha establecido entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, es de naturaleza tal, que esta última potencia no tiene motivo para avergonzarse de su situacion. Es en efecto una relacion igualmente honorífica y ventajosa, por todos estilos, á ambas naciones. Coincide perfectamente con los intereses económicos de ambas, los cuales naturalmente mantienen una comunicacion y comercio recíprocos muy activos, y los cuales se sacrificaban anteriormente al sistema de una hostilidad mútua. Esta es una conexion muy justa é igual, considerada en lo político. Las islas Inglesas estan en cierto modo sujetas á la influencia del continente, por su situacion geo-

gráfica y la inferioridad comparativa de sus recursos materiales, y necesitan de alguna asistencia estrangera. Han buscado y hallado esta asistencia en su inmenso comercio, en sus establecimientos coloniales, y en el poder moral que constituye la escolta y salvaguardia de entrambos. Con la ayuda de estos recursos adicionales, la Gran Bretaña se ha mantenido hasta aquí en una situacion absolutamente independiente, y ha ejercido á veces una grande influencia en el sistema general de Europa. Mas el nuevo semblante que este sistema ha tomado, á causa del prodigioso aumento político de Rusia, hubiera hecho difícil el que Inglaterra se mantuviese firme, á no haber obtenido una estension correspondiente de recursos comerciales y extra-Europeos. Esto lo adquirirá sin falta con establecer relaciones amistosas entre ella y el continente Americano. Al formar esta conexion se convierte en un miembro activo del vasto sistema político, que abraza, ademas de sus dominios y dependencias, todo el hemisferio occidental ; halla un nuevo despacho para sus producciones en unas regiones, cuya poblacion y consumo crecen y continuaron creciendo por muchos siglos, con una rapidez casi milagrosa, y efectua de este modo el único aumento de poder que justamente puede desear, ó de que puede en efecto sacar algun provecho. La América, por otro lado, ha sacado y continuará sacando las ventajas mas importantes de la adhesion de Inglaterra á su causa. Decidió, como ya he dicho, la cuestion de la intervencion del continente en los asuntos austro-americanos, y selló por fin la independencia de las colonias Españolas. El mantenimiento de aquel grande poder las protegerá contra el peligro de que en lo futuro se renueve el antiguo proyecto. Los beneficios políticos que de esto resultan á los Estados Unidos son por la mayor parte indirectos, mas no por esta razon menos reales. Ya es público y manifiesto el que



no podíamos ver con indiferencia el que las potencias continentales subyugasen á nuestros vecinos. Aunque no se pretende decir aquí cual seria nuestra política en caso de tener lugar este atentado, lo cierto es que tenemos razones poderosas para alegrarnos de cualquiera circunstancia que impida la ocurrencia de semejante crisis, y desvanezca los peligros eventuales de una guerra. Estos son los efectos de la nueva situacion de Inglaterra. Nosotros sacamos tambien de este estado de cosas la gran ventaja directa de ver que una potencia, con quien nuestras relaciones eran antes dificultosas y delicadas, y que considerabamos, (usando el language del derecho comun) como nuestra enemiga natural, convertida, por la fuerza de las circunstancias y sin el menor sacrificio de nuestro orgullo ni principios, en una amiga y aliada firme. Las ventajas que de esta grande union política entrambas partes respectivamente derivan, son casi enteramente iguales. Bien se echa de ver el que la América será cada dia mas y mas importante á Inglaterra, y que Inglaterra dejará gradualmente de poder hacer ningun servicio esencial á la América. Es tal el aumento de la poblacion, riqueza y poder político de nuestro continente, que la estension de sus mismos recursos lo pondran dentro de poco enteramente á salvo, no tan solo de una conquista, porqué ya lo está, sinó tambien del peligro y aprensiones que ahora puede tener de que lo ataquen. La adhesion de la Gran Bretaña no nos será entonces de la menor utilidad; al paso que las mismas causas, haran la conexion á Inglaterra, en punto á economia, cada dia de mayor valor. Añádase á esto el que al paso que nuestro continente descubre anualmente nuevos recursos de toda especie, es muy probable el que el dominio Ingles se vaya contrayendo á dimensiones cada vez mas reducidas, con la sucesiva emancipacion de sus dependencias remotas, y se reduzca por fin á sus

primitivas posesiones, hácia la costa nortoccidental de Europa. Siendo entonces los Estados Unidos la nacion mas poblada y poderosa de origen Ingles, substituiran naturalmente las islas Británicas, y se haran el centro comercial y político de los establecimientos Ingleses de todas las partes del globo; al paso que el suelo patrio y original se agotará, caerá del alto puesto que ahora ocupa, como miembro constituyente del gran sistema de la Cristiandad, y tendrá finalmente que reconocer su dependencia del continente. No gastaré ahora tiempo en pronosticar la ocurrencia de sucesos que á algunos pareceran dictados por el orgullo nacional, y no por una justa prevision de los resultados políticos, y me contentaré con volver á observar, que las relaciones que actualmente existen entre Inglaterra y el continente de América, (sean lo que fueren en lo sucesivo,) son sumamente honoríficas y ventajosas á entrambas partes.

Tal es en general la forma exterior de las presentes relaciones internacionales del mundo Cristiano, y en particular de nuestro continente para con Europa. Este inmenso sistema se compone por consiguiente de una multitud de otros inferiores, cada uno de los cuales tiene por separado sus principios á que arreglarse, y una política adecuada así interior como exterior. El movimiento de algunas de estas esferas inferiores es por ahora de sumo interes é importancia. La guerra de Grecia, en particular, es quizá el suceso político que mas atrae y enardece nuestra imaginacion. Está llena de incidentes y episodios políticos muy estraños, como las aventuras y el carácter de Ali Pacha; las temerarias pero felices empresas de los almirantes Griegos; el ardor con qué el Lord Byron prodigó su sangre por la misma causa á que habia consagrado las mejores producciones de su extraordinario ingenio; la feliz invasion de un ejército Africano en Europa, ocurrencia sin